

INTRODUCCIÓN

El periodismo chileno es un río que fluye desde muy lejos, lleva más de doscientos años, y solo durante los últimos setenta adquirió las características ideales que lo identifican: una actividad vinculada a la vida democrática, que interpela al poder político mediante un método de conocimiento de la realidad basado en la evidencia, con una tenaza en la objetividad (real o supuesta) y otra en la búsqueda de la verdad, desarrollada por profesionales especializados que en su gran mayoría estudian en universidades.

Contar la historia del periodismo encierra varias trampas. ¿Qué o quién sería el protagonista de esta historia? ¿Los medios de comunicación? ¿La evolución de la disciplina misma? ¿Las personas que ejercieron esta actividad? Si consideramos que el periodismo es también uno de los principales insumos de la historia en general, nos enfrentamos a un metaproblema: intentamos contar la historia del bisturí antes que la historia de la cirugía. El periodismo no suele reflexionar sobre sí mismo ni llevar necesariamente el registro de lo que ocurre tras sus bastidores. Se da así la paradoja de que la actividad humana moderna que más registros ha producido es sumamente escueta al dar cuenta de su propia sala de máquinas.

Los medios periodísticos nacen y mueren hablando de otros temas: política, deporte, espectáculos, cultura, gastronomía. Sabemos quién fue el primer presidente de la República, el primer equipo de fútbol que ganó un campeonato o la primera vez que

el Festival de Viña del Mar se transmitió a color; pero ignoramos quién fue el primer periodista al que le pagaron por trabajar a tiempo completo buscando información en la calle.

Y, sin embargo, no estamos por completo en penumbras.

Por lo menos, este libro tiene claro lo que no debe ser. No debe ser el recuento del registro periodístico de los grandes acontecimientos, es decir, la historia de un país a través del periodismo. En los últimos años, por ejemplo, gracias a YouTube, los chilenos hemos podido acceder a emocionantes recuerdos de nuestra historia reciente: discursos radiales de Arturo Alessandri o Pedro Aguirre Cerda, imágenes de los grandes terremotos, secuencias de la Unidad Popular. Cualquier visita a la hemeroteca de la Biblioteca Nacional implica la posibilidad de saber qué escribieron —es decir, qué sintieron— los protagonistas de las grandes guerras internacionales y civiles del siglo XIX.

No es poco.

Todos esos registros ocurrieron porque los hizo posibles una ocupación, un oficio, una profesión o como quieran llamarla, propia de la vida moderna. La verdadera protagonista de este libro es esa etérea idea: que algunas historias de la vida pública merecían ser conocidas por sus contemporáneos. Esa idea es el periodismo.

Pero esta definición también es de cierta manera acotada. El periodismo no se hace solo. En Chile comenzó como una herramienta de propaganda política, al amparo de un Estado revolucionario que se aprontaba a librar una guerra civil contra la vieja potencia colonial. Continuó en manos de políticos que eran a la vez periodistas, editores, publicadores y escritores (muchas veces, todas estas almas en una misma persona), que gastaban dinero que no tenían (muchas veces el del propio Estado) en publicar hojas de papel impreso destinadas a la denostación del rival político de turno o al ensalzamiento de una idea que parecía la única valiosa. En algún momento del siglo XIX este

INTRODUCCIÓN

oficio dejó de ser una aventura personal, y aparecieron las organizaciones periodísticas: los diarios y revistas, las empresas editoras, pequeñas, medianas y grandes, con más o menos grados de fortuna y seriedad. Algunas mujeres de la elite cultural entraron en ellas para encaminar la conversación hacia la cultura y la educación. En el siglo xx, al amparo de las nuevas tecnologías electromagnéticas, el periodismo asumió como suyo el rol de fiscalizar al poder político, una manera de evitar que el poder se pasara de pueblos para transformarse en tiranía. Los periodistas formaron organizaciones gremiales y lograron que las universidades los tomaran en serio y crearan las escuelas de periodismo.

Finalmente, si uno quisiera formarse una imagen general de los doscientos años del periodismo en Chile, esta sería la de un triángulo en cuyos vértices se encuentran los periodistas, los medios de comunicación y el poder político. Este libro intenta explorar las vibrantes líneas que han unido estos tres puntos, un *ménage à trois* que es, en realidad, una condena: nunca totalmente libres, nunca totalmente definidos, nunca totalmente transparentes, catetos e hipotenusa forman, sin embargo, nada más y nada menos que la base de nuestra vida en sociedad. Sin periodismo estaríamos perdidos en la más densa de las nieblas y, menos que ciudadanos, nos pareceríamos a los aldeanos de la película *Shrek*: ignorantes del mundo, aferrados a una metafísica sentenciadora y brutal, prestos a marchar con horquetas a clavar a quien se aparte de la norma; sujetos de reyezuelos que van desnudos.

Con todo, y tal como acontece con la libertad de expresión, el periodismo es una disciplina incomprendida quizás porque la atraviesan una serie de interrogantes difíciles de responder: ¿sobre la base de qué mandato democrático escudriña en casi todo lo que se le pone por delante? ¿No hay, más allá de los elevados

principios que se enseñan en las universidades, detrás de todo esto un simple afán comercial? ¿Qué pasa con los errores en el periodismo, cuando una persona inocente es denostada o difamada al calor de una denuncia rápida? ¿El afán fiscalizador corre para todos los sectores políticos que llegan a La Moneda o es más fuerte para unos que para otros? ¿Los dueños de los medios de comunicación son neutros con respecto a sus negocios, preferencias, valores y posiciones políticas? ¿Es el medio el mensaje? ¿Quién nos informa respecto de nuestros informadores?

Esta historia dará cuenta, ciertamente, de un oficio imperfecto; aunque ni más ni menos que la propia democracia. En el centro de los conflictos, periodistas y medios muchas veces se confunden con ellos. Y, sin embargo, desde la perspectiva del tiempo, el periodismo chileno, junto con las instituciones de la República, ha tenido una permanencia constante: una sociedad de civiles que se narra a sí misma semana a semana, día a día, hora a hora, minuto a minuto.

Desde luego, esta no es la primera vez que se escribe sobre el recorrido del periodismo en Chile. En algún momento, a finales de 1958, el periodista Raúl Silva Castro puso el punto final de su contundente libro *Prensa y periodismo en Chile (1812-1956)*, hasta ahora el último y único esfuerzo de historia general del oficio. Para entonces, la televisión en Chile era una guagua de probeta y los periodistas de radio, con la llegada de las cintas magnetofónicas, recién se daban el lujo de salir de sus oficinas. Silva Castro escribió una obra monumental y detallista en extremo: revela no solo las intimidades de la *Aurora de Chile*, sino también la de buena parte de los diarios que existieron durante el siglo XIX y la primera mitad del XX; pero no menciona a la radio. Poco tiempo antes, en 1956, Alfonso Valdebenito había publicado un título similar: *Historia del periodismo chileno*

INTRODUCCIÓN

(1812-1955), acaso más que una historia en el sentido general, un ensayo que mira tanto la cronología como la profesión misma, incluidas sus zonas oscuras que por ese entonces, en el cénit de la democracia desarrollista chilena, tenían que ver con la repetida costumbre —vicio, diría uno— de las autoridades de encarcelar a los periodistas que se interponían en su camino o enviarlos a lugares lejanos y aislados.

Este libro intenta llenar un vacío: no se ha escrito una historia general del periodismo chileno desde entonces. Desde luego, decenas de investigadores, periodistas y académicos han mirado distintos periodos, temas y asuntos relacionados con el devenir periodístico chileno y escrito publicaciones fundamentales. En una injusticia evidente, porque la bibliografía sobre el tema es más que extensa, solo nombraré aquí, como ejemplo, las investigaciones de María de la Luz Hurtado, cuya historia sobre los orígenes de la televisión es ineludible, el trabajo sostenido de Eduardo Santa Cruz en diferentes ámbitos del periodismo en los siglos XIX y XX.

Tal vez hay que decir algo sobre el título. Esta no es, a propósito, una historia del periodismo *chileno* porque no existe tal cosa: el periodismo, al menos en el caso de este país, no tiene una singularidad que lo distinga del oficio que se practica en otras partes del mundo. Se trata, más que de un afán particularista, de una historia del periodismo *en Chile*, es decir, de cómo la profesión se desarrolló dentro de nuestros límites y, más importante aún, dentro de las específicas condiciones políticas, económicas, sociales y culturales que determinaron la *gran* historia.

A pesar de la extensión, quedan, por supuesto, aspectos sin abordar. Hubiera sido interesante indagar en el campo de las comunicaciones y en el mundo de los periodistas que se desempeñan en empresas privadas y en el sector público. Todo ese terreno que no corresponde a los medios de comunicación, pero en el cual miles de periodistas han ejercido su oficio, sobre todo

en la actualidad, cuando representa el principal sector laboral para los profesionales egresados de las escuelas. Este universo ha quedado fuera de este libro, no porque, como se enseñaba en mis años de universidad, crea que «no es periodismo», sino porque excedía las capacidades de esta investigación. Queda pendiente.

«Demasiado pronto para saberlo». La vieja frase de Chou En-lai sirve para poner punto final a cualquier historia. En este caso, no se ha profundizado en las redes sociales y en las nuevas maneras de hacer periodismo que estas encierran. Considero, simplemente, que es un fenómeno en curso y, como tal, no puede mirarse desde una perspectiva histórica. No todavía.

SANTIAGO, NOVIEMBRE DE 2023